

Norberto Codina

*El Lezama Lima de la
pelota cubana*

*A Pedro González Brito, el abuelo de mi hija, y claro está,
a El Premie y a Enrique.*

Q

uizás la primera vez que Enrique Núñez Rodríguez vio un juego de pelota, en su natal Quemado, fue en la finca de Guillermo Triana, donde el terreno era presidido por una mata de coco y jugaba cada domingo la novena La Cubana, novena inspirada por el supersónico Pedro *Jutío*, quien lanzaba todos los juegos con Juan Santes como receptor, y que tenía a Felipe Salazar, Rodrigo García, Ventura Somarriba y José González Brito (por más señas, el tío-abuelo de mi hija) en su alineación «irregular».

Eran los tiempos de la Academia nocturna de Domingo Pérez; del café del tío Cornelio Rodríguez; las bodegas del *Chino* Bueno y el *Chino* Lay; las panaderías de Santana y Reinar; la tienda de ropas La Colosal; la imprenta de Celio Romañach; la Casa Cordero de víveres en general, «de enero a enero la Casa Cordero».

Los vecinos podían ser el Turco Gordo o el *Cojo* Évora, y donde la oficina de correos de *Tito* Núñez le recordaba al mundo que, entre La Habana y Santiago, estaba Quemado de Güines. Y no podía faltar la Logia donde el telegrafista se reunía con el doctor Jova Olmos o con *Pepe* González Brito, el pichón de canario con sueños de alcaldía y escarceos de poeta.

Eran también los tiempos en que, desde su silencio de hombre profundamente retraído, el virtuoso guitarrista valenciano Vicente Gelabert llegó a Quemado para esperar el día de su entierro, mientras hacía soñar a las adolescentes y melómanos del pequeño pueblo con sus irrepetibles acordes, recalando en el hospedaje de Amaranto Alfaro (nombre de linaje garciamarquiano, como tantos otros de los sitios provincianos) donde comía y dormía, a cambio de sus lecciones de guitarra.

De esos años veinte (locos, críticos, de vacas gordas y flacas, son y *charleston*, sombrero de pajilla y fotingo), le vino la pasión por el béisbol, porque este, junto a su patria chica, forman un lugar común para la nostalgia, mezclados con otros recuerdos de infancia y adolescencia, como el procaz reclamo de algún chofer de taxi que reclutaba clientela joven para incursionar en la vecina ciudad de Sagua la Grande, al grito de: «¡A guasa a garsín!»

Y no podía ser menos en la tierra de Conrado Marrero, «el Lezama Lima de la pelota cubana» al decir de Enrique. El Premier había nacido en la finca El Laberinto, a medio camino entre Sagua y Quemado, en el mismo año y a unos pocos kilómetros de donde nació mi suegro. El Guajiro de Laberinto, como también se le conocía a Marrero, llegó a cumplir 100 recios años con su sabiduría beisbolera intacta. El día que llegó a la proveyta edad de sus 97 años, se le preguntó cual era el *pitcher* criollo de su preferencia en la actualidad, a lo que respondió con una *slider*: «Norge Luis Vera, porque a ese muchacho lo que le falta de brazo lo tiene de cerebro».

Cuando Conrado Marrero se inició de forma inusual en Grandes Ligas, ya todo un veterano con 40 años, en los colistas Senadores de Washington, se repetía entonces esta especie: «Washington, primero en la guerra, primero en la paz...y último en la Liga Americana». Un periodista criollo, replicando la retórica al uso, achacó la guasa a una definición más política, a tenor de la muy conocida jactancia de Estados Unidos como la potencia primera en todo. Pero en este caso el colega pecó de no conocer el referente, pues el origen del comentario viene del siglo XVIII, cuando no existía aún la capital del imperio con ese nombre, ni existía, claro está, el imperio. La saga parte de un reconocimiento que sus contemporáneos le hacían al general y recién estrenado primer presidente de la Unión, George Was-

hington: «Washington, primero en la guerra, primero en la paz, y primero en el corazón de sus conciudadanos». En fin, una broma de pura raíz histórica y para nada contaminada de lecturas imperialistas, que serían legítimas según avanzara el siglo XIX. Broma que daba la idea clara del pobre equipo que le tocó a nuestro héroe antillano para probar su talento.

De siempre, Marrero fue una leyenda. Los récords de El Guajiro... son sobresalientes. Con su físico que para nada daba a un atleta, pues nunca perdió su achaparrada estampa de hombre de campo, es el lanzador cubano con mayor cantidad de juegos ganados de por vida (367), con apenas 168 reveses, más una efectividad de 2,22 en 704 partidos, según reza en la *Enciclopedia Biográfica del Béisbol Cubano*, de Juan A. Martínez de Osaba, Félix Julio Alfonso López y Yasel Porto Gómez, en proceso editorial.

Marrero es el décimo sexto en Grandes Ligas que llegó a centenario. Debutó en el béisbol organizado con 27 años y en su deambular por Cuba, México, Nicaragua y Estados Unidos alcanzó las ya mencionadas 367 victorias —97 sin permitir carreras—, con solo 178 derrotas. Obtuvo como lanzador aficionado 139 triunfos y 46 derrotas, y acumuló 228 éxitos y 132 fracasos en torneos profesionales.

El profesor y ensayista Félix Julio Alfonso, quien tiene publicados, entre otros títulos, *Las narrativas del béisbol en la cultura cubana* (Letras Cubanas, 2004) y *La letra en el diamante* (Capiro, 2005), y obtuviera su doctorado en historia con una tesis sobre el béisbol y la sociedad criolla en el siglo XIX, comentó en la presentación del número 2 de 2011 de *La Gaceta de Cuba*:

En el noveno inning de este juego intelectual, una perla que enriquece la revista, y que forma parte inexorable de nuestra cultura: la entrevista de José Antonio Michelena al centenario pelotero Conrado Marrero. Es una conversación en dos tiempos, con matices biográficos y una profunda sabiduría sobre los secretos del béisbol, algo que nadie le enseñó y que solo su talento innato para jugar pelota le hizo aprender. Resulta cuanto menos asombrosa la preferencia de Marrero por jugar en el verdadero amateurismo de los años treinta y cuarenta, y su paso a las filas profesionales motivado por sucesivos castigos y suspensiones de parte de la intransigente dirigencia de la UAAC (Unión Atlética Amateur de Cuba).

Memorables sus anécdotas sobre peloteros de Grandes Ligas de la talla de Ted Williams, Mickey Mantle o Joe DiMaggio. Una pregunta obligada a un *pitcher* que ganó más de 300 juegos durante más de dos décadas, y que debió haber lanzado cientos de partidos sin esperar relevo, es lo relacionado con las lesiones en su brazo de lanzar. Marrero respondió a Michelena, como si fuera algo sin importancia, que una vez tuvo una calcificación en el codo, pero que un médico de La Habana le dio tres sesiones de terapia y resolvió el problema. A mí, sentado hace un par de años en la sala de su casa y con el eterno tabaco entre los dedos, me contó una historia diferente, me dijo que al comienzo de su carrera, cuando lanzaba para la Casa Stany de Cienfuegos, tuvo una molestia en el brazo y alguien le dijo que si visitaba El Cobre y le rogaba a la Virgen, eso lo ayudaría. Y en un largo viaje a Santiago, el joven Marrero peregrinó hasta el sagrado santuario y realizó su petición. A su regreso a Cienfuegos estaba curado. Loada seas, Virgen de la Caridad, que le diste a Conrado Marrero un brazo de hierro.

A solo unas horas de cumplir ciento tres años, siendo el más longevo de los *big leaguer* vivos, se fue a reposar al Olimpo de los grandes del béisbol. Siempre lo recordaremos, con su inseparable tabaco, no importa que estuviera apagado, y su proverbial sorna guajira, de la que dan fe sus muchas anécdotas, como cuando el periodista le preguntó, a tenor del juego amistoso del equipo Cuba con los Orioles de Baltimore, a quién pondría a lanzar, y contestó como un relámpago, achicando con malicia los ojos: «A Vinent (Braudilio, ya retirado hacía años, pero el más sobresaliente de sus alumnos), o...a mí...». Y esto lo decía regodeándose a la sazón en sus 88 años.

Como en el conocido poema de Roberto Fernández Retamar, «Pio tai», nos queda su memoria en la galería de los inmortales, así que «nuestro primer / recuerdo / sea para Quilla Valdés, Mosquito Ordeñana, el / Guajiro Marrero».

Desde sus inicios como escritor profesional de la radio, Enrique Núñez Rodríguez sintoniza su vocación por la pelota y el humor cuando se le da la oportunidad de escribir el archipopular programa Chicharito y Sopeira, uno de los primeros en los *survey*, posición en que lo mantuvo el joven autor, y así lo cuenta:

Era un espacio costumbrista que estaba presidido por el fanatismo beisbolero. El Gallego (Sopeira) era almendarista, el Negrito (Chicharito) habanista, y en algunas oportunidades yo, que era almendarista, le mandaba algunas colaboraciones a Castells (el creador de los personajes), que era habanista en la vida real [...] con la particularidad de que Chicharito y Sopeira tenían que esperar (para escribirlo) a que se acabara la pelota, a veces muy tarde en la noche, para tener el libreto a las ocho de la mañana en CMQ.

En el programa de la Liga Cubana de la temporada 1950-1951, aparece una foto de los dos cómicos, con los uniformes de sus equipos de simpatía, bajo el titular de «mánagers honorarios», y en ella miran desconsoladamente a la cámara, abrumados por «la responsabilidad adquirida».

Núñez Rodríguez escribía en sus crónicas sobre diferentes personajes del paisaje costumbrista criollo. Uno era El Cojo de la Bocina, evocado también por Ciro Bianchi, que voceaba en los más concurridos sitios habaneros, como el Gran Estadio del Cerro donde animaba, con su bocina, los juegos entre los eternos rivales: Habana y Almendares, aprovechando los momentos más emocionantes del desafío. Afirmaba Enrique que, junto con La Marquesa y El Caballero de París, formaba la tríada de los personajes más populares de la capital en aquellos ya lejanos años cuarenta del siglo pasado.

Lo de nuestros humoristas vinculados a la pelota es algo que se repite y multiplica desde los primeros desafíos beisboleros. Está el ejemplo ilustre del ya mencionado Eladio Secades, al que mucho admiraba Enrique. Otra constante es en el teatro bufo: junto a Chicharito y Sopeira, bastan los ejemplos de Enrique Arredondo, o mi recordado Mario Galich, *Tachuela*, al que me parece seguir viendo en su palco de primera en el Latino. O José Antonio Rivero, *Rufino del Fino y Sasagoitía*, en la parodia de Leonardo Fabio hecha por Alberto Luberta: «Ella dice Curro Pérez, yo le digo que Alarcón».

A propósito del legendario Alarcón, «el hombre que enseñaba el número», en el documental de Aurelio Prieto Alemán *Cierren la trocha y preparen el Cocuyé*, ese otro pelotero de multitudes, Pedro Chávez —su enconado rival en el terreno, y fraterno amigo fuera de él— cuenta, y cito de memoria: «Alarcón era muy fresco... muy atrevido. Antes de empezar el juego se

paraba frente al banco de Industriales y nos decía “hoy tengo quince ponches pa ustedes, así que se los reparten”, o “solo les voy a permitir cinco hits, así que pónganse de acuerdo”. Yo le decía que eso no era conmigo, pero de verdad era muy fresco...y tremendo *pitcher*».

El documental, en general bien hecho y emotivo, por falta de material de archivo tuvo que reconstruir, con otras filmaciones, el juego que narra. En una versión anterior de este texto, cometí una grave equivocación al cuestionar la presencia del mánager Ledo en ese desafío decisivo, pues lo daba de baja por un accidente vascular, que en realidad ocurrió en otra ocasión. El mánager de los Orientales, Roberto Ledo, era muy entregado y apasionado en el terreno, al punto de que, en otra campaña, sufrió un infarto, pero por suerte solo fue baja médica. Hay un antecedente en el Big Show que sí tuvo un desenlace trágico, y fue el de Jack Stahl, mánager de los Medias Rojas de Boston, quien en 1913 murió en el *dogout*, producto de un infarto.

Como he dicho en otras ocasiones, mi ídolo de esos años era el *pitcher* oriental, el cual a estas alturas de la vida sigue siendo mi referente por excelencia de eso que solemos llamar «nostalgia beisbolera». De las muchas anécdotas hay una que disfruto particularmente, y es sobre Alarcón y el consagrado árbitro que fue Amado Maestri, célebre por no permitir el menor desacato a su autoridad, anécdota que recrea sabrosamente ese «memorioso» de la pelota que es Juan A. Martínez de Osaba:

El encumbrado árbitro admiró, por sobre los demás, a Manuel Alarcón, *El Cobreiro*, por aquellos lanzamientos bajitos indescifrables y la buena velocidad. El propio Alarcón le protestó bastante, pero indirectamente, pues acusaba a viva voz a su receptor Ramón Hechavarría por no posesionarse bien y provocar la equivocación del ampaya, quien no pocas veces levantó la mano con idea de expulsarlo, pero solo esbozó alguna sonrisa: «Oye Hechavarría, estás comiendo mierda y haces que el ampaya se equivoque, ubícate bien, cojones».

Estos recuerdos compartidos, esa «gramática familiar» que reinventamos, más allá del gentío del estadio y los resultados del *score*, dan cuerpo a nuestra memoria y nos gratifican con el paso del tiempo. El estelar camagüeyano Luís Ulacia, al hablar de su actividad como mánager y entrenador, recuerda con añoranza su experiencia con los discípulos: «Hice mi ma-

yor esfuerzo para que ellos entendieran que el béisbol es algo bello».

En el largo y sabroso anecdotario sobre el béisbol, recuerdo una crónica escrita por Núñez Rodríguez relacionada con Orestes Miñoso y una estrella del campo corto cubano, Willy Miranda, uno de los más espectaculares guantes en esa posición. Ambos habían coincidido, amén de los campeonatos nacionales, en los Medias Blancas de Chicago, pero a mediados de los cincuenta se enfrentan en «la ciudad de los rascacielos» en equipos contrarios: Minnie, con sus Medias Blancas, y Willy jugando con los Yankees de Nueva York.

Según cuenta Enrique, que presencié el juego, algún directivo de los Yankees tuvo la idea de que Miranda provocaría a su compatriota, gritándole desde su posición en «cubano castizo» cuando fuera a batear, para sacarlo de concentración, pues aquel andaba en muy buena racha. El criollo, aparentemente, aceptó la encomienda, pero en total complicidad con Orestes, lo alertó y disfrutó así la falsa provocación. Esto se lo recordé a Miñoso en una de nuestras largas conversadas en el Chicago de sus amores.

Willy Miranda, entre otros conjuntos, jugó en un equipo en las Ligas Menores perteneciente a una ciudad de Tennessee que el gran músico de los cuarenta que fue Glenn Miller hizo famosa gracias al tema que popularizó su banda, «Chattanooga Choo-Choo». Una curiosidad más de cómo religan la música y la pelota.

A tenor de Willy, famoso como jugador defensivo pero bastante flojo como bateador, este siempre contaba que en su natal Velazco (el otrora «granero de Cuba»), su padre le regaló un guante, gesto decisivo para su formación como gran fildeador. Ya en la cúspide de la fama, entrevistado para un programa radial, nada más y nada menos que por Joe E. Brown (*Bocaza*) —¿recuerdan aquella escena inolvidable que protagonizara con Jack Lemmon en la secuencia final de *Algunos prefieren quemarse* (*Some Like it Hot*)?—, el reconocido actor le espetó: «¿Y tu padre nunca te regaló un bate?». Willy pudo haberle respondido con la frase terminante de Bocaza en el mencionado filme: «Nadie es perfecto».

Una digresión para terminar. Brown, muy relacionado dentro del mundo de la farándula y el deporte, compartió amistad

con ese fenómeno llamado Ty Cobb, al final de la vida de este último, quien por su juego y carácter conflictivo tal vez fuera el pelotero que convocó a la vez más admiradores y detractores en su deslumbrante y polémica carrera, fiel a su lema de siempre de que el béisbol no era tan diferente de la guerra.

Al hacer un recuento de su intensa pero a la vez muy criticada trayectoria como jugador, Cobb le reconoció a Bocaza que se lamentaba de algunos de los errores cometidos, y que tal vez en una segunda oportunidad hubiera protagonizado esos episodios de forma diferente. Él, que había vivido y jugado con fuerza, con la divisa de que el fin justificaba los medios, veía que al final apenas le quedaban amigos por su carácter demasiado competitivo e irascible.

No obstante, en unas afirmaciones que hizo a la revista *Newsweek*, el 31 de julio de 1954, demostró que era genio y figura hasta sus últimos años, cuando públicamente no mostró remordimiento al declarar «[...] he sido afortunado. No tengo derecho a sentir arrepentimiento por lo que he hecho».